

Como quiera que Othon faltase á las promesas que habia hecho al tiempo de su coronacion, Inocencio despues de repetidas advertencias, lanzó contra él una excomunion en 1211. Al año siguiente excomulgó á Juan, rey de Inglaterra, por apoderarse este príncipe de todos los derechos eclesiásticos, mas trascurrido un año levantó esta excomunion por haberse aquel monarca sometido á la obediencia de la santa Iglesia.

En 1215 celebró Inocencio XII el concilio general, IV de Letran para condenar los errores de los albigenses. A su tiempo nos hemos ocupado de esta asamblea.

Este mismo Pontífice prohibió el ejercicio de la cirujía á los eclesiásticos.

Necesitaríamos un volúmen para referir detalladamente todos los hechos de este ilustre sucesor de San Pedro el cual murió en 16 de Julio de 1215 en Perugia á la edad de cincuenta y seis años, despues de haber gobernado la Iglesia diez y seis años seis meses y ocho dias, y fué sepultado en la iglesia catedral de San Lorenzo.

En 1345 época en que se reparó dicha catedral, los restos de Inocencio III fueron reunidos con los de los papas Urbano IV y Martin IV, muertos en aquella ciudad, y colocados en un mismo sepulcro, desde donde fueron trasladados á otro mas magnífico en el año 1615.

## V.

La importancia que dentro de la Santa Madre Iglesia tiene el glorioso San Bernardo, es causa de que parezca lógico dar de él y de sus obras como se ha hecho con otros santos ilustres una breve noticia.

San Bernardo, ese primer cantor y entusiasta poeta de las glorias de la Santísima Virgen, vió la primera luz del mundo en un lugar llamado Fontaino, perteneciente á la provincia de Borgoña, y fué el tercero de siete hijo varones que tuvieron Teselino y Aleta de Montebarro, personas muy acomodadas y de mucha piedad. Por medio de una vision maravillosa quiso Dios manifestar anticipadamente á Aleta la futura santidad de su hijo, así como el zelo que habia de tener por la propagacion del Evangelio. Estando en

cinta, vió en sueños que tenia en sus entrañas un perrillo todo blanco, que daba grandes ladridos. Un siervo de Dios con quien aquella piadosa mujer consultó el caso, le aseguró que aquel niño estaba predestinado para ser un gran predicador que clamaria á grandes voces contra los vicios y errores, y que su legua medicinal curaria muchas almas.

Desde su niñez, era ya tal su recogimiento, su amor á la virtud, y su aplicacion al estudio, que era la admiracion de cuantos le conocian. Siempre miró con horror esos placeres que con tanta asiduidad buscan otros jóvenes, y supo conservar intacta la blanca estola de la inocencia, que un dia presentó sin mancha ante el tribunal de Jesucristo.

Temiendo á los asaltos del mundo, hizo la resolucion de retirarse al Cister, cuya orden religiosa habia sido fundada por el abad Roberto, y aprobada en 1098 por el Sumo Pontífice Pascual II.

Las almas justas, las personas que sabian comprender todo lo heróico de la resolucion de Bernardo, no pudieron menos de alegrarse, comprendiendo lo que habia de ser en adelante. Pero los mundanos que miran bajo diverso prisma todas las cosas de la tierra, no fijan la atencion en las ventajas del cumplimiento de los consejos evangélicos.

El llegó á persuadirse de que su retiro á la soledad le era necesario para prepararse á las grandes empresas del servicio de Dios y de la Iglesia. El supo arrastrar en pos de sí á lo mas florido de la juventud francesa y una vez en su ansiada soledad empieza á trabajar con zelo admirable por el aumento de los que á Dios buscan en la soledad. Dignas son de leerse las frases que dirige á su sobrino Fulques desde el fondo de su retiro: «Levántate, oh soldado de Cristo, sacude el polvo que te cubre, vuelve al combate. »Despues de una cobarde fuga, mayor será tu merecimiento y mas gloriosa tu victoria, si vuelves á ocupar el sitio del peligro que abandonaste, y animado de nuevo valor luchas intrépido contra el enemigo. ¿Crees acaso evitar su presencia huyendo de él? No, que él persigue con mas tenacidad al transfuga que le vuelve la espalda, que al atleta que le presenta el rostro. Despierta del profundo sueño en que yace sumergido. Ven á combatir por Cristo y con Cristo. Huyendo, tu derrota es segura; pero muriendo, con-

»seguirás infaliblemente los laureles del vencedor. ¡Desgraciado de tí si esquivando el combate, pierdes á la vez el triunfo y la corona!»

Hé aquí el resúmen de los grandes hechos de San Bernardo, hecho por una autorizada pluma:

«Mientras que algunos santos obispos trabajaban en aumentar el número de los pueblos cristianos, procuraban la santificación de los antiguos, San Bernardo y otros ilustres fundadores de varios monasterios, ó de congregaciones religiosas. El monasterio del Cister, fundado por San Roberto, guardaba la regla de San Benito, sin ninguno de los ensanches que se habian introducido con el tiempo en otras partes. La pobreza era suma aun en la iglesia, las cruces solo de madera, los incensarios de hierro, las casullas sin seda, ni oro, ni plata. No querian diezmos, ni molinos, ni vasallos ni mas que algun ganado, y tierras que les diesen que comer. Pero los monjes eran pocos: pedian al cielo con lágrimas que les enviase compañeros y sucesores; y Dios los oyó el año de 1113, enviándoles de una vez una compañía de novicios, cuyo capitan era San Bernardo. Era el Santo de una familia muy noble y cristiana de gran reputacion. Sus padres Tescelino y Aleta, tuvieron seis hijos y una hija, y los criaron sin molicie, y con mucho temor de Dios, Bernardo era de raras prendas de alma y cuerpo: hacia progresos rápidos en los estudios, y mas en la carrera de la virtud: su modestia y amor á la castidad fueron admirables: venció varias tentaciones violentísimas contra la pureza; y una vez que miró con sobrada curiosidad á una mujer, tuvo tal sentimiento, que se echó en un estanque de agua fria que habia allí cerca, y estuvo un buen rato. Para mejor huir semejantes peligros, pensó retirarse en el Cister. Sus hermanos, parientes y amigos procuraban disuadirle con varias razones aparentes. Mas el Santo, léjos de ceder, reclutó para el desierto á cuatro de sus hermanos, á un tio, y á otros de los que mas querian hacerle quedar en el mundo. Veinte y dos años tenia el Santo en el de 1113, cuando con mas de treinta compañeros entró en el Cister con grande consuelo del abad Estéban y demás monjes. Tan gran ejemplo atrajo otros muchos á aquel desierto; y el abad tuvo que fundar el mismo año otro monasterio. Entre tanto seguia Bernardo su noviciado; y todos admiraban aquel candor

y pureza de ángel, con que se mantenía limpio, hasta de la sombra de pecado. La profesion religiosa avivó mas su amor al silencio, al retiro, á la oracion, y al trabajo de manos; y como por falta de salud no se le permitian las faenas pesadas, en cambio escogia las mas humildes.

»El recinto del Cister era estrecho para los muchos que llegaban todos los dias á retirarse en aquella casa; y el abad Estéban precisado á pensar en nuevas fundaciones, encargó una á San Bernardo, cuando apénas tenia veinte y cuatro años: puso en sus manos una cruz, y le presentó doce monjes, diciéndole que le elegia superior de aquella comunidad. El Santo y sus compañeros se fueron al valle llamado del *Absisto*. De los árboles altos y copudos que en él habia, cortaron leña y comenzaron á edificar chozas para su habitacion; y la santidad de los nuevos habitantes de aquel valle trocó luego su nombre en el de *Claraval*. El Santo con otro compañero, fué á pedir la bendicion abacial al obispo mas vecino, que era el de Chalons, Guillermo de Champeaux, varon de singular fama de sabiduría, y fundador de la congregacion de canónigos reglares de San Victor de París. Los principios de la fundacion de Claraval fueron sumamente arduos. Estaban los monjes reducidos á comer hojas de árboles, y pan de cebada y mijo. Se vieron muchas veces expuestos á los horrores de una extrema necesidad; y Dios los socorria en los mayores apuros por medios extraordinarios, y algunas veces milagrosos. Con esta experiencia los monjes no le hablaban de cosas temporales, consultándole solo sobre el interior de sus almas. El Santo, penetrado de las verdades celestiales, les hablaba mas como ángel, que como hombre: y en sus confesiones les inspiraba las máximas mas sublimes de perfeccion cristiana. Una vez llegó Bernardo á temer que su celo era indiscreto, y por esto hablaba poco. Pero Dios le hizo conocer que debia hablar para consuelo y direccion de los monjes; y desde entónces hablaba con mas autoridad y con mas fruto. El padre del Santo se retiró tambien al monasterio de sus hijos, y su hermana Santa Humbelina con permiso de su marido entró en otro, fundado para las mujeres de varios compañeros del Santo que eran casados.

»Las excesivas austeridades de Bernardo, especialmente la falta de sueño y comida, tuvieron siempre muy quebrantada su salud;

mas á los dos años que estaba en Claraval, á la debilidad se añadió la calentura, y se temió la muerte. Visitóle el obispo de Chalons, íntimo amigo suyo, desde que se vieron con motivo de la bendición de abad. Aconsejábale que moderase el rigor de la observancia; y no pudiendo conseguirlo, logró que el capítulo del Cister pusiese al Santo bajo su obediencia por un año. El obispo le hizo vivir fuera del recinto del monasterio, y le mandó que en cuanto al régimen de vida obedeciese en todo á un médico que ofreció curarle. Realmente algo se compuso, pero tuvo mucho que sufrir del médico que era hombre rústico é ignorante. Pasado el año volvió con mayor celo á sus austeridades, como un torrente que rompe los diques ó como si hubiese de compensar el tiempo perdido. Se le debilitaba cada vez mas el estómago; y sus vómitos eran tan continuos que no podia asistir al oficio público. No obstante sus tareas eran incesantes, y de gran trabajo: fundó muchísimos monasterios, predicaba sin cesar, estaba metido en todos los asuntos árdulos de aquel tiempo, y escribía grandes volúmenes de obras excelentes. La gracia de Dios se dió tambien á conocer en el Santo por medio de los dones de profecía y de milagros. Era venerado de los papas, de los reyes y de los obispos, como intérprete de la voluntad de Dios, y órgano del Espíritu Santo. Ya vimos antes cuanto trabajó con motivo de las cruzadas. Recojamos ahora algunas otras memorias de su vida.

»Cuando estaba en su mayor fervor la reforma del Cister, y se iba fundando Claraval, la congregacion de Cluni habia salido del siglo de oro con la muerte del abad San Hugo. Este Santo la gobernó sesenta años, y la mantuvo en el mas alto grado de esplendor. Sucedióle Poncio, que con el tiempo se dejó arrastrar de la vanidad y precipitacion de genio: eran generales las quejas de su conducta; y él despechado se presentó á Calixto II, renunció la abadía y se fué á la Tierra Santa. El Papa mandó á los monjes que eligiesen otro abad; por cuya muerte en 1122 fué electo Pedro llamado el Venerable. Volvió despues Poncio de la Palestina; y con grandes violencias se apoderó del monasterio y de todas sus fincas, causando los mayores desórdenes. El Papa Honorio envió un cardenal y al arzobispo de Lyon para excomulgar á Poncio y sus secuaces. Algunos de estos fueron á Roma: el papa oyó á las dos

partes; y pronunció una severa sentencia contra Poncio, con que se restableció la paz. Durante el gobierno de Poncio empezó á disputarse entre los monjes de Cluni y los del Cister sobre la regla de San Benito, que unos y otros hacian profesion de observar, aunque con diferencia de hábitos y de algunas prácticas. Los de Cluni decían que la observancia del Cister era impracticable; y los del Cister acusaban á los de Cluni de faltar á la regla, especialmente en vestidos, alimento y trabajo. En medio de estas disputas, habiendo pasado á Claraval uno de los priores de Cluni, trataba de locura é indiscrecion el rigor con que allí se vivia; y con esto indujo á Roberto, monje jóven de Claraval, á pasar á Cluni, donde le vistieron el hábito, y lograron un rescripto del Papa para que profesase de nuevo, y permaneciese en Cluni.

»San Bernardo sintió á par de muerte este lance. Escribió á Roberto aquella célebre carta, que se tiene por la mas acabada de sus obras. Le hace ver la irregularidad de su traslacion, la nulidad del rescripto del Papa, y el peligro de su salud eterna. Habla con la ternura y la fuerza que inspira el verdadero amor. No sentia menos el Santo que los religiosos de la una congregacion murmurasen de los de la otra; y esto le movió, á instancias de personas de respeto, á escribir su defensa. En ella declama contra los que así se constituyen jueces de los otros: observa que la variedad de prácticas exteriores es indiferente, y que en una orden de menos trabajo y pobreza exterior, puede haber mas virtud y piedad. Alaba particularmente el orden de Cluni; pero se extiende en hacer ver lo que le parecia reprehensible en sus prácticas: *Y en esto, dice, no temo disgustar á los que aman el orden; pues yo solo reprendo lo que lo destruye.* Es digno de leerse lo que dice el Santo sobre ostentacion y superfluidad en comidas, vestidos, camas, trenes y edificios; y sobre la magnificencia de las iglesias, y porque debe procurarse en las catedrales y parroquiales, y no en los monasterios. Pero tambien merece ser leida la respuesta, que daba á estos cargos Pedro el Venerable en dos cartas á San Bernardo, en que le manifiesta mucho respeto y amistad. Pedro algun tiempo despues hizo que el monje Roberto volviese á Claraval, de lo que tuvo San Bernardo particular consuelo. Esta disputa entre nuestro Santo y Pedro el Venerable, y otra que tuvieron sobre un monje de Cluni